

Música de acordeón, frontera y contrabando en la Guajira, 1960-1980

Accordion Music, Border and Smuggling Goods in the Guajira Region, 1960-1980

Héctor Castillo Castro*
Universidad de Cartagena

Recepción: 12/12/2007
Evaluación: 29/04/2008
Aceptación: 18/06/2008

Este Artículo es un avance del proyecto de investigación: «Música de Acordeón, política y problemática social en el Caribe Colombiano 1930-1980»

Resumen

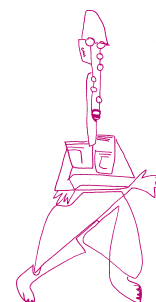
Analiza algunos rasgos o manifestaciones del proceso social de frontera enmarcado en el fenómeno del contrabando, y su divulgación a través de creaciones de la música de acordeón, de las zonas vallenata y riana o bajera de Colombia, entre los años 1960 y 1980.

Palabras clave: Contrabando, Fronteras, Vallenato, Marihuana

Abstract

It analyzes some characteristics and manifestations of the frontier social process, framed by the smuggling activity and its diffusion through out the accordion music, from the vallenata and riana o bajera zones of the Colombian Guajira peninsula, between the years 1960 to 1980.

Key words: Smuggling, Borders, Vallenato Music, Cannabis.



* Licenciado en Ciencias Sociales. Candidato a Magíster en Historia de la Universidad Pedagógica Tecnológica de Colombia en convenio con la Universidad de Cartagena. Investigador Musical. Colaborador de programas culturales en la radio local y de publicaciones en los diarios El Universal y El Periódico de Cartagena. Actualmente prepara la publicación de un libro de carácter musical sobre la vida y obra del acordeonero guajiro Juancho Rois. hcastillocastro@hotmail.com



La extendida expresión en torno a que Colombia es «país de fronteras», a primera vista, en la tradición del imaginario

nacional, puede que remita a los límites geopolíticos, a líneas de demarcación territorial entre el país y sus vecinos. En otro nivel, tal vez, pueda propiciar ciertas inquietudes como: ¿es posible hablar hoy de país de fronteras en un mundo cada vez más globalizado? Pero en el plano histórico, que es el asunto que nos ocupará en el presente trabajo, la categoría de *frontera* presenta otra acepción, de reciente posicionamiento, que tiene como precursor al historiador norteamericano Frederick Jackson Turner, quien la utilizó a finales del siglo XIX en su trabajo de historiografía norteamericana *The Significance of the Frontier in American History*; acepción que, a su vez, encontró en su momento partidarios y detractores. Turner la aplicó para hacer alusión a una amplia zona geográfica norteamericana que fue objeto de doblamiento de oleadas migratorias de Europa:

Genéricamente, en la historia se utiliza esta concepción para identificar amplias zonas territoriales donde se asientan diversos grupos sociales con autonomías y dinámicas económicas, comerciales, étnicas y culturales propias, al margen del contexto institucional.

La frontera, entendida ésta como los grandes espacios libres de las praderas, era la causa de la gran tragedia de finales de siglo en Estados Unidos. No había más tierras míticas del oeste para asimilar a los inmigrantes. Y el deterioro de la nación era evidente porque la frontera era, según Turner, el espacio ideal que había cumplido dos funciones centrales para la historia norteamericana, la primera de ellas de válvula de escape. Estados Unidos había logrado siempre superar los grandes problemas sociales, gracias a esa frontera que recibía el excedente humano, que llegaba por cientos de miles, después de mediados de siglo.

Los inmigrantes europeos, en especial los procedentes del sur y del este de Europa, recibían el influjo benéfico de las tierras libres de América y aprendían el nuevo sentido de la libertad y de la igualdad (Múnera, 2005: 95-96).

Genéricamente, en la historia se utiliza esta concepción para identificar amplias zonas territoriales donde se asientan diversos grupos sociales con autonomías y dinámicas económicas, comerciales, étnicas y culturales propias, al margen del contexto institucional. En un ensayo del libro *Fronteras, territorios y metáforas*, compilado por Clara Inés García, el antropólogo Alejandro Grimson indica sobre la palabra en mención: «[...] el objeto es la relación entre las poblaciones o al menos algunas dimensiones de esas relaciones. Relaciones comerciales, redes étnicas o políticas transfronterizas, alianzas matrimoniales, vínculos religiosos, tráfico de bienes simbólicos. Es decir, todo aquello que cruza la frontera es parte constitutiva del vínculo» (García, 2001: 15-16).

El vocablo frontera, desde el discurso institucional o legal, ha sido asociado con zonas agrestes, broncas, tierras inhóspitas en donde se asientan grupos salvajes o marginales que desarrollan una cultura paralela, de lo ilegal y, a su vez, del conflicto. Precisamente aducido a la falta de voluntad política del gobierno central institucionalizado, ya que, en la mayoría de los casos, este ha estado a espaldas de dichos territorios y de sus pobladores. El libro *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, de la antropóloga Margarita Serje, recoge del texto «Geografía y destino», del coronel Bahamón Dussán, algunas concepciones de nación, donde se hace evidente esta situación. «En nuestro país no se ha ajustado lo político a lo geográfico y



este comportamiento ha obstaculizado el desarrollo nacional. El territorio es más grande que la nación y la nación es más grande que su gobierno» (Serge, 2004: 105).

Con esos argumentos, la expresión «Colombia, país de fronteras», tal vez deje de causar desconcierto y pueda entonces comprenderse este fenómeno socioeconómico que tuvo su génesis en la Conquista y en la Colonia neogranadina, cuando los aborígenes y africanos se rebelaron contra la Corona ibérica, reubicándose en la selva espesa, montañas o desierto, formando nuevos poblados con autonomía. Igualmente, este proceso se pudo evidenciar cuando diversos grupos sociales y étnicos, ante la falta de representatividad de sus derechos e intereses en el Estado colonial, rompieron con la institucionalidad administrativa y formaron en la nación, especialmente en la Costa Atlántica, asentamientos con dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales propias, a los cuales se les denominaron despectivamente «arrochelamientos».

Establecido lo anterior, se puede definir el propósito de este artículo: analizar algunos rasgos o manifestaciones de este proceso social de frontera enmarcado en el fenómeno del contrabando, y su divulgación a través de creaciones de la música de acordeón de la zona vallenata y la zona ríana o bajera entre los años 1960-1980.

A manera de introducción, creemos necesario identificar algunos estudios de historia regional que sirven de antecedentes históricos de frontera y contrabando, realizados por los historiadores Alfonso Múnera, José Polo y René de la Pedraja. En la obra *Historia económica y social del Caribe colombiano*, de ediciones Uninorte-Ecoe, aparece incluido un ensayo del primero, titulado «Ilegalidad y frontera 1700-1800»; en este texto, Múnera analiza el fenómeno del contrabando que se produjo en el Caribe tras la crisis que sufrió España en el siglo XVII, bajo la ineficaz política exterior de la dinastía de los Habsburgo, caracterizada por la escasa producción manufacturera textil y económica, a lo cual se le sumó la proliferación de mercancías ilegales foráneas procedentes de otras potencias, como la holandesa, que se apropió de Curazao; la inglesa, que instala su dominio en Jamaica, y la francesa, que se adueña de Haití, islas que entrarían en la órbita de la producción y tecnología capitalista y del comercio negrero. Factores que afectaron ostensiblemente la débil economía de la Nueva Granada que, ante el fenómeno del contrabando en el Caribe, trata de implementar ingentes esfuerzos económicos en obras de seguridad y en la plaza fuerte de Cartagena para combatir el flagelo. El historiador cartagenero sostiene que la preponderancia del contrabando se convirtió en un elemento destacado de la



A manera de introducción, creemos necesario identificar algunos estudios de historia regional que sirven de antecedentes históricos de frontera y contrabando, realizados por los historiadores Alfonso Múnera, José Polo y René de la Pedraja



vida social del Caribe colombiano en el siglo XVIII.

En las provincias de Santa Marta y la Guajira la cuestión es aún más grave. Aquí todo gira, literalmente, alrededor del contrabando. Piénsese que de 1700 a 1763, sólo un barco mercante español arribó a la ciudad de Santa Marta, ni uno a la Guajira, con el agravante de que, en la mayoría de esos años, a Cartagena llegó uno que otro registro que difícilmente alcanzó a suplir sus propias necesidades. O sea que la alternativa para los habitantes de Santa Marta y la Guajira era negociar con el extranjero o resignarse a carecer de productos básicos tales como la ropa, la harina y el vino [...]. Todo el comercio exterior que desarrollan estas provincias es ilegal, con una característica muy importante: a diferencia de Cartagena en donde el oro y la plata siguen siendo los artículos principales de exportación, en Santa Marta y la Guajira, desde muy temprano adquieren importancia los productos de la tierra; el ganado vacuno, caballar y mular, los cueros, la sal y palo brasilete constituyen parte esencial del intercambio con holandeses, ingleses y franceses (Múnera, 1994: 136-137).



En el siglo XVIII, la frontera de la Guajira fue escenario no solo de la venta clandestina de ganado guajiro para ser llevado a las plantaciones de Haití y Jamaica

En esa misma línea, el historiador José Polo Acuña, en su ensayo «Contrabando y pacificación indígena en la frontera colombo-venezolana de la Guajira (1750-1820)», realiza un estudio ilustrativo sobre el comercio clandestino y la beligerancia de los indígenas, que se convirtieron en elementos desequilibrantes del orden social y económico implantado por el régimen colonial español en los territorios latinoamericanos durante el siglo XVIII. Recuerda que el régimen colonial español no escatimó esfuerzos para combatir el tráfico ilícito, así como para pacificar a los

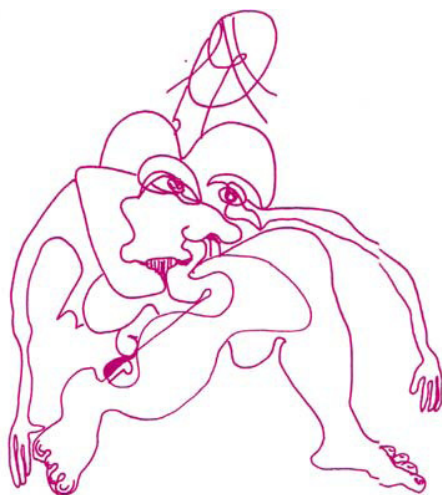
grupos aborígenes de resistencia ubicados en territorios fronterizos en los que no había presencia del Gobierno, donde los grupos aborígenes establecieron nexos con extranjeros beneficiándose mutuamente del negocio. Al final, esta política colonial de control del comercio ilegal en los territorios del Caribe resultó infructuosa.

En efecto, Antonio de Arévalo, en la segunda mitad del siglo XVIII, denunciaba que en toda la costa de sotavento y barlovento de Riohacha fondeaban las balandras extranjeras y españolas en los puertos menores de la Enea, Puerto de la Cruz Vieja, El Pajar, Almidones, Manaure y Ticuraca; Uñama, Carrizal, Rincón del Carpintero, Cabo de la Vela e Iriguaní; los puertos mayores de Bahía Honda y Puerto Taroa, Punta Gallinas, Chimare y Cabo de Chichivacoa; Sabana del Valle, Tucaras y Cojoro. Es decir, que los contrabandistas ingleses y holandeses traficaron con libertad todo tipo de mercadería en los distintos puertos naturales de la península Guajira de la misma manera en la que lo habían hecho en otras zonas de frontera como La Guayana, La Mosquita y El Darién, entre otras, en donde lograron ganar la confianza y contar con la ayuda de los indios a quienes estimulaba la animadversión contra las autoridades españolas (Polo, 2005: 94).

En el siglo XVIII, la frontera de la Guajira fue escenario no solo de la venta clandestina de ganado guajiro para ser llevado a las plantaciones de Haití y Jamaica, sino que también estas inhóspitas tierras se convirtieron en eje de la circulación ilegal de palo de tinte, lo que llegó a ser un negocio fructífero para sus comerciantes; esto hizo



que la administración española virara sus ojos hacia estas olvidadas tierras. Así lo registra el historiador René de la Pedraja.



También vinieron ingleses y los holandeses a buscar palo de tinte a la Guajira donde, en las estribaciones de la Sierra Nevada y de otras serranías cercanas, se encontraba en abundancia, además de existir los mejores bosques en Valledupar. A partir de 1750 los riohacheros comenzaron a cortar el palo de tinte para venderlo a los holandeses y a los ingleses en las costas y bahías desiertas de la Guajira. Los guajiros no participaban directamente en este negocio, pero su continua independencia era necesaria para que los contrabandistas y los extranjeros pudieran extraer el palo de tinte sin intervención de los funcionarios reales. El gobierno español, al enterarse de esta situación y descubrir que el negocio del palo de tinte podría producir ingresos importantes al fisco, decidió emprender la conquista definitiva de esa región (1988: 2).

La frontera de la Guajira desde tiempos coloniales se había convertido en un dolor de cabeza para las autoridades españolas,

al igual que para el centralismo republicano del siglo XIX. La fluidez del tráfico del contrabando no se podía controlar exclusivamente con presencia de guardias policiales o la firma de un tratado limítrofe, el problema tenía raíces más profundas de carácter social, político y cultural. Frente a lo anterior, De la Pedraja afirma:

En las décadas de 1880-1890, Colombia se vio envuelta en negociaciones sobre los límites con Venezuela que supuestamente debieron terminar en 1891 con el laudo español bastante favorable a Colombia. Sin embargo, no todo fue regocijo con el laudo, pues ya, antes de 1889, el administrador de aduana en Riohacha había advertido al Ministro de Hacienda que un fallo favorable dejaría bajo el control de Colombia «las poblaciones que se encuentran casi a las goteras de Maracaibo, lo cual abriría las válvulas del contrabando, si en tiempo no se toman algunas precauciones». El administrador de aduanas pensaba en precauciones como crear resguardos adicionales, pero el gobierno buscó otras clases de precauciones: En el tratado Suárez-Unda de 1884 (rechazado por el senado venezolano) y otra vez en el tratado de 1896 volvió a insistir el Gobierno nacional en entregar a Venezuela no sólo la parte de la Guajira, sino extensiones de los Llanos a cambio de concesiones comerciales y derechos sobre navegación fluvial. La opinión pública colombiana no permitió la aprobación del tratado, pero ante la insistencia en entregar la mitad de la Guajira a Venezuela, fácilmente se ve el Gobierno nacional reconociendo implícitamente su fracaso en la Guajira, quería librarse de una vez por todas de por lo menos la mitad del problema que en casi un siglo de dominación no había logrado resolver (1988: 30-31).



La frontera de la Guajira desde tiempos coloniales se había convertido en un dolor de cabeza para las autoridades españolas, al igual que para el centralismo republicano del siglo XIX.



Es indudable que la frontera guajira fue epicentro de toda una vasta economía de lo ilegal, que generó muchos dividendos para comerciantes y propios de esta zona, negocio en el que paradójicamente participaron algunas autoridades administrativas del mismo régimen colonial español, que supuestamente combatían lo ilícito. Esto solo era una muestra de la magnitud de toda una serie de dinámicas sociales y económicas tras el comercio del contrabando en la Colonia.

Música de acordeón, frontera y contrabando

El contrabando que tuvo como espacio la frontera guajira retoma atención en investigaciones sobre eventos folclóricos en la subregión del nororiente colombiano.



El departamento de la Guajira ha sido escenario del contrabando en diversas épocas, comercio ilícito que, en tiempos coloniales, iba desde el tráfico de esclavos, ganados, productos agrícolas y perlas.



El contrabando se inició con la introducción de negros sin licencia por la vía de Riohacha y después con mercancías. El camino del comercio clandestino en Colombia ha tocado siempre las puertas de la Guajira para después repartirse por todo el territorio colombiano... El contrabando ha tenido históricamente una triple modalidad: Como reacción al control monopolístico en la colonia, como reacción al proteccionismo interdepartamental y como reacción al control rentístico del Estado. En cualquiera de las tres formas, recuas de mulas cruzaron el Magdalena hasta los territorios de Bolívar, Antioquia, Santander y Cundinamarca, y transportes mecanizados lo hicieron después cruzando ríos, abriendo caminos y ensanchando trochas, siempre a partir de las playas calcinadas de la Guajira (Quiroz, 1983: 155).

Quiroz conjetura que esa amplia zona fronteriza por donde circulaba el tráfico ilegal sirvió también de escenario para la introducción y comercialización del acordeón como elemento integrante de la música popular que se ejecuta en la región, lo cual tuvo su génesis en el año 1847, bajo el gobierno de Tomas Cipriano de Mosquera, quien abolió la ilicitud del tráfico comercial:

En la historia legislativa colombiana el contrabando perdió su ilicitud en 1847, durante la administración de Tomas Cipriano de Mosquera, cuando hubo libertad absoluta de comercio. Este interregno de libre cambio pudo haber permitido el ingreso masivo del acordeón por las Antillas, si nos atenemos a la fecha de su invención, 1829, y a que las islas antillanas han sido desde hace mucho tiempo puente para el transporte marítimo (Quiroz, 1983: 155).

El departamento de la Guajira ha sido escenario del contrabando en diversas épocas, comercio ilícito que, en tiempos coloniales, iba desde el tráfico de esclavos, ganados, productos agrícolas y perlas, hasta la reciente comercialización ilegal de licores, cigarrillos y drogas alucinógenas, entre otros productos, de los cuales muchas familias, caciques y gamonales se lucraron y enriquecieron en las décadas de los años sesenta a ochenta; basta recordar la época de la llamada «bonanza marimbera», que dejó secuelas negativas de violencia en la región, guerras fratricidas entre traficantes que se disputaban el dominio y control del tráfico ilegal de marihuana. Los versos de la música de acordeón son ilustrativos del comercio ilegal. Como antecedente de este



fenómeno social, se registran apartes de una vieja canción popular en género de *son*, de autor desconocido, en la que se describe la época en la que el contrabando se perseguía con agentes del resguardo departamental.

*Ayer tarde fui denunciado
por unos delatores,
al momento fueron divisa'os
los guardias y los inspectores,
cuando llegaron los desgracia'os
yo ya mi rancho lo había prendió*
(En Quiroz: 156).

Quiroz revela que autoridades eclesiásticas se vieron implicadas en el tráfico ilegal: «[...] en 1912 hubo un escándalo cuando se encontró en una casa cural bajo un alerón, cierto alambique propiedad de un párroco de apellido Serrano donde se fabricaba ron, ya entonces denominado chirrinchi o 'gordo lobo'». Chico Bolaños, en un merengue de la época describió la poca importancia que el párroco dio al incidente. La infracción sólo tenía como sanción la destrucción del objeto material del delito:

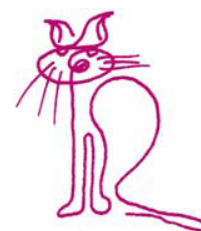
*... lo dice el padre Serrano,
ministro que dice misa,
en el monte hay mucho palo
para reponer las pipas* (En Quiroz: 156).



Dentro de la discografía de la música acordeonera, Rafael Escalona es tal vez el compositor que más registra el comercio ilícito en la Guajira. Evidencian esto algunas canciones: «El almirante Padilla», «El chevrolito» y «El medallón», que han sido grabadas por diversas agrupaciones, entre otras la de Julio Bovea y sus vallenatos. En «El Almirante Padilla», conocida también como «El Tite Socarrás», con lenguaje sencillo, picaresco y fondo narrativo, a manera de crónica, relata las vicisitudes y penurias de Socarrás, quien en sus aventuras de contrabandista por la península quedó en ruinas al ser decomisado su matute por la fragata almirante Padilla de la Armada Colombiana. Esta obra ha tenido muchas versiones musicales, tal vez las más reconocidas han sido la interpretada por Bovea y sus Vallenatos en el sello Discos Fuentes, a mediados de la década de los sesenta, y la realizada por el cantante Juan Piña al lado del acordeonero Ismael Rudas en el año 1977, bajo el sello discográfico Codiscos.

*Allá en la Guajira arriba, donde nace el
contrabando,
El almirante Padilla barrió a Puerto López y lo
dejó arruinado,
Pobre Tite, pobre Tite, pobre Tite Socarrás,
hombre que ahora está muy triste,
lo ha perdido todo por contrabandear.
Barco pirata bandido, que Santo Tomás lo vea...
Prometió hacerle una fiesta, cuando un submarino
lo voltee en Corea.*

Los comentarios de sus contemporáneos sostenían que Tite Socarrás, reconocido en la región, gozaba de buenas relaciones personales con grandes barones de la política de la región; solicitó la ayuda de



*Quiroz revela que
autoridades
eclesiásticas se
vieron implicadas
en el tráfico ilegal:
«[...] en 1912
hubo un escándalo
cuando se encontró
en una casa cural
bajo un alerón,
cierto alambique
propiedad de un
párroco de apellido
Serrano donde se
fabricaba ron, ya
entonces
denominado
chirrinchi o 'gordo
lobo'»*



Enrique Orozco, un líder político conservador de Villanueva (Guajira), para que ejerciera sus buenas influencias con el presidente Laureano Gómez para tratar de recuperar sus mercancías, pero el intento resultó infructuoso.

*Enriquito se creía que su papá Laureano
muchas cosas conseguía.
Se fue pa' Bogotá, pero todo fue en vano
Coro:
¿Y ahora pa' dónde irá (bis)
a ganarse la vida el Tite Socarrás?
¿Y ahora pa' dónde irá (bis)
a ganarse la vida sin contrabandear?*

En «El chevroleto», Escalona recoge algunas vivencias personales que metaforiza con el tráfico ilegal de bienes foráneos. El chevroleto era un pequeño auto de su amigo Tatica, con el cual se transportaba en sus correrías en los años sesenta por las arenosas carreteras del desierto de la Guajira, rumbo a tierras venezolanas. Ese vehículo también era aprovechado para acarrear subrepticamente licor extranjero. La versión musical más reconocida de esta obra ha sido la interpretada en guitarras por Bovea y sus Vallenatos, con la voz de Alberto Fernández, la cual fue hecha en la casa disquera Fuentes durante la década de los sesenta.



*Escalona
reconoce que
participó en el
contrabando de
cerdos y whisky*



*Tengo un chevroleto que compré
para ir a Maracaibo a negociar;
un puestecito adelante te aparté
y el que pida un cupo va pa'trás.
Soy el contrabandista que llegué
de los mares de Aruba por aquí,
traigo collar de perlas para ti
y mucho contrabando pa' vender.*

«El medallón» narra, de alguna manera, la conquista de una mujer llamada Rosa María, historia recreada con imágenes fantásticas en la que le manifiesta a su

enamorada que, a pesar del dinero que posee su otro pretendiente, nunca podrá darle lo que él puede darle: viajes a las tierras donde nace el contrabando. En esta obra se hacen presentes escenas del contrabando de perlas que se realizaba en la alta Guajira y en la Cartagena de la época colonial. Esta obra igualmente fue grabada por la agrupación musical de Bovea y sus vallenatos, y posteriormente fue regrabada por Diomedes Díaz y el acordeonero Nicolás Colacho Mendoza, en el año 1984, en la casa disquera CBS, hoy Sony Music.

*... ¡Ay! te llevo a Riobacha que es muy bonita
la tierra del almirante Padilla,
pa' que veas los contrabandistas
que vienen de Aruba y de la Guajira.*

Escalona reconoce que participó en el contrabando de cerdos y whisky, lo cual era normal en estas tierras olvidadas de gente humilde llena de necesidades. El negocio generaba buenos dividendos, pero para «coronar» los viajes había que romperse el cuero en medio de los avatares y las contingencias que encerraba cruzar las trochas colombo-venezolanas.

... Irrumpí en la Guajira inmensa. Crucé la frontera e inicié una nueva actividad al lado de hombres rudos, de costumbres fuertes y sentimientos nobles, que se ganaban la vida en un oficio mercantil llamado contrabando, pero en esa época estaba protegido y «legalizado» por algo más poderoso que la ley, que es la fuerza de la costumbre. Tatica me introdujo en todos los secretos del negocio y con él fui la primera vez y muchas más. Comencé con unos veinte cochinos que compramos en compañía; me entusiasmaba la idea de ganar dinero viajando, que ha sido una de mis aficiones, pero también me atraía la



aventura en sí misma. Ir en esos tiempos a Venezuela llevando contrabando no era sólo soplar y hacer botellas. Había que tener los riñones en su sitio y los pantalones bien amarrados. Los caminos no eran sino trochas que, en verano, se convertían en un desierto de polvo, y, en invierno, en unos tremedales; no había término medio. Uno sabía a qué horas salía de Valledupar o de La Paz o de San Juan, pero nunca podía adivinar qué día ni en qué momento podía llegar a la frontera (Araujo, 2002: 206).

Por su parte, a Sergio Moya Molina, destacado compositor de la música de acordeón de la zona vallenata, le tocó presenciar y vivenciar el fenómeno ilegal desde su juventud en tierras guajiras. Su canción «El contrabandista», compuesta en el año 1971 y grabada por Jorge Oñate y la agrupación de los hermanos López en el sello discográfico CBS, refleja escenas en las que narra con gran ingenio algunas peripecias que le tocó realizar para burlar a las autoridades locales para «coronar» un contrabando de amor. En ella, supuestamente canta a las pérdidas de dinero que ha padecido por los avatares que encierra el negocio de un amor furtivo.

El contrabando es una actividad muy arraigada desde hace mucho tiempo aquí en la región, la gente, en vista de que no tiene más nada que hacer, se mete a contrabandear, entonces yo me ingení la forma de traer de la Guajira un contrabando de amor, porque tenía unos amores secretos en esa época. El contrabando se daba por Nazareth, Uribia, Puerto Bolívar, Maicao. El contrabando más frecuente era el de licores. De aquí se llevaba café, ganado vacuno y otras mercancías como electrodomésticos, ropa. Nuestra región ha estado tan



pobre en el aspecto económico, pero hoy con la llegada de las minas de carbón y otros yacimientos que tenemos, eso ha desplazado un poco el contrabando y ya la gente se ocupa de actividades normales, pero la verdad ese era un oficio muy arraigado en nuestra región, aunque todavía existe. Yo queriendo expresar una cuestión de tipo social me agarré de allí y compuse esta canción donde no estoy contrabandeando licores y mercancías, sino amores. Este tema penetró en el corazón de la gente, no podemos decir que lo aceptaron de forma muy normal, otros lo aceptaron, y otros lo vieron como algo antisocial, pero lo que interesa en las canciones es que el mensaje penetre en la gente¹.

Vengo de la alta Guajira
burlando guardas hasta aquí
porque te traigo, negra linda,
un contrabando para ti.
Sé que te están aconsejando
para que olvides mi querer,
pero aunque sea de contrabando
siempre te quiero a ti mujer.
Mucho dinero yo he perdido
desde que comencé a viajar,
pero si pierdo tu cariño
no volveré a contrabandear.



¹ Entrevista concedida por Sergio Moya Molina al autor de este artículo, 2007.



Rafael Escalona y otros compositores, como Sergio Moya Molina, Juancho Polo Valencia, Romualdo Brito y Máximo Móvil, entre varios, fueron actores sociales de la música de acordeón —zonas vallenata y bajera—, quienes registraron en sus obras musicales el fenómeno del contrabando desarrollado en la frontera colombo-venezolana, entre las décadas de los sesenta y ochenta del siglo xx. Sus canciones se constituyen en documentos y fuentes históricas para seguirle las pisadas a la realidad política, social y económica de esta región, donde se han hecho más evidentes los procesos de fronterización en el país.



Bonanza marimbera y violencia

En la década de los setenta irrumpió el llamado fenómeno de la *bonanza marimbera*. El tráfico ilegal de la hoja alucinógena fue generando un negocio supremamente lucrativo, con lo que muchos seres empobrecidos lograron amasar grandes fortunas. Este negocio era monopolio de pocas familias, que se peleaban el control de las zonas de producción, tránsito y comercialización, lo que generó conflictos resueltos con violencia y muerte. «En la Costa Atlántica también hubo explosión de dinero: en 1972 empezó a trascender a la prensa la historia de unos señores costeños, medio exóticos, que hacían pública ostentación de grandes capitales que, según explicaban ellos mismos, provenían de la venta de una yerba que, para la idiosincrasia colombiana, sólo se fumaba en el festival de Woodstock: la marihuana» (Castillo, 1987: 19).

La frontera de la Guajira, sus extensas zonas baldías, otras desiertas, las vastas costas y playas, con escasa presencia del

Estado, posibilitaron condiciones favorables para la libre circulación de la marihuana y todo tipo de contrabando. Esta actividad se constituyó en una empresa que, a pesar de su ilegalidad, fue generadora de grandes dividendos y empleos que el mismo Estado no garantizaba a una población marginada. Las primeras redes de este particular tráfico se gestaron a partir de la llegada en la década de los sesenta de los llamados «Cuerpos de Paz», que en esencia no eran más que la presencia de comisiones de norteamericanos con claras intenciones políticas para contrarrestar el «virus» de la propagación de ideas izquierdistas en el país, pero que al degustar su acción psicotrópica se convirtieron en asiduos consumidores, productores y traficantes de la hierba.

Es a partir de la década del setenta cuando los *cuerpos de paz* que se adentraron en nuestro territorio con claras orientaciones ideológicas de desviar a nuestra juventud de los efectos de la revolución cubana, se encontraron con las delicias de la marihuana colombiana, a la que bautizaron con los sugestivos nombres de Colombian Gold y Santa Marta Gold. Al volverse adictos se fueron convirtiendo en traficantes al por menor, difundiéndola entre sus parientes y conocidos al regresar a Estados Unidos, iniciándose así las primeras redes de distribución manejadas por núcleos norteamericanos (Betancur y García, 1994: 47).

El bienestar económico, la holgura del contrabando y la bonanza marimbera lograron penetrar en las altas esferas de la política colombiana. Algunos dirigentes del país, como el ex presidente López Michelsen, fueron cuestionados por

El bienestar económico, la holgura del contrabando y la bonanza marimbera lograron penetrar en las altas esferas de la política colombiana. Algunos dirigentes del país, como el ex presidente López Michelsen, fueron cuestionados por supuestos vínculos con la llamada mafia del núcleo costeño.



supuestos vínculos con la llamada mafia del núcleo costeño. «Mientras se consolidaba la producción de marihuana (foco costeño) y la prensa empezaba a registrar estas noticias, durante la administración López la llamada ‘ventanilla siniestra’ del Banco de la República proporcionó indirectamente un gran respaldo a las mafias, las cuales pudieron de esta manera ‘lavar’ y legalizar sus fortunas» (49).



El Caribe colombiano vivió durante la llamada bonanza marimbera uno de los periodos más sangrientos de guerras entre familias poderosas que controlaban el comercio de cannabis; violencia que también afectó a trabajadores vinculados con tales familias y a muchas personas ajenas al negocio. Romualdo Brito, compositor guajiro, en una de sus obras, titulada «Mi proclama», grabada por la agrupación de Adaníes Díaz y Héctor Zuleta, en la casa disquera Phillips a mediados de la década de los ochenta, refleja las huellas de las drogas en toda la Guajira y la región.

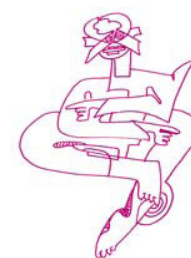
Pueblo mío, ¿por qué te quieres acabar o es que eres ciego, no te das cuentas, por qué no tratas de recapacitar?

*Te está acabando tanta violencia,
te suplico por esas madres que lloran,
que en su pena y en su dolor parten el alma,
por esos niños que viven en zozobra,
porque ya no existe quien los ayude.*

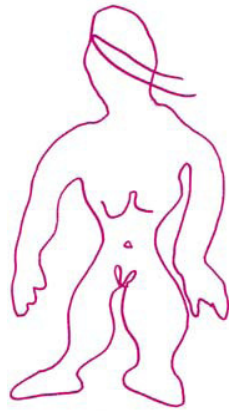
Ismael Darío Fernández Gámez, en su libro *Romualdo Brito, vivencias de un compositor vallenato*, explica los motivos que llevaron a este autor a componer esta canción de propuesta social:

«Pueblo mío, ¿por qué te quieres acabar o es que eres ciego, no te das cuenta?», así inicia Romualdo su proclama por la Guajira en los años 79-80, cuando se profundizó la bonanza marimbera, que dejó entre los mismos guajiros una serie de personas muertas que logró desencadenar otras tragedias en los departamentos vecinos, especialmente el Magdalena, Cesar y Atlántico [...] Por eso, entre los años 77 al 79, desgraciadamente, la región presentó un alto índice de criminalidad entre las personas que contrataban para las labores del cultivo, cuidado y transporte de la marihuana; exponiendo su tranquilidad ante las autoridades que perseguían a quienes tenían nexos con la maldita hierba y cuyo pago era tres tiros en su humilde cuerpo. También se presentaron hechos extravagantes de indígenas que jamás habían salido de la ranchería y, de pronto, se encontraban en los grandes centros comerciales de Miami. Igualmente, de aquella humilde familia, que tradicionalmente trabajaba para encontrar el pan nuestro de cada día, se veía de un momento a otro con los baúles de dólares o debajo de la cama (1999: 41-42).

Al final, la *bonanza marimbera* solo representó un espejismo, una simple ilusión económica para mejorar las condiciones



El Caribe colombiano vivió durante la llamada bonanza marimbera uno de los periodos más sangrientos de guerras entre familias poderosas que controlaban el comercio de cannabis



la «ley del tali3n» eran comunes (Betancur y Garc3a: 63-64).

Este trágico pasado de guerras interclánicas de marimberos dejó huellas funestas en la región. En el imaginario colectivo del Caribe colombiano quedaron las tristes leyendas del imperio económico de poderosos capos que también fueron víctimas de un arma de doble filo.

Bonanza marimbera, contrabando y acorde3n

de vida de la gente humilde que se vincul3 al negocio como recolector o pe3n de los capos de la hierba, ya que las grandes fortunas y bienes pasaron a manos de otras familias poderosas de la 3poca. Diversas manifestaciones de la violencia se registraron en las principales ciudades del Caribe colombiano tras los enfrentamientos armados de los grupos mafiosos, aunque en distintos sectores de la periferia de estas ciudades aparecieron las *vendettas* no solo de delincuentes, gente inocente cay3 bajo las balas.

En este periodo de *bonanza marimbera*, 1972-1978, era normal que algunos jefes pagaran grandes sumas de dinero o «regalaran» autom3viles, semovientes y otros bienes a las agrupaciones musicales que les amenizaban sus fiestas y parrandas. En otros casos, los presentes eran para que ciertos artistas de primera l3nea les enviaran saludos en las producciones prensadas. Del mismo modo, pagaban a compositores de moda para que les montaran canciones en su honor. Artistas de la m3sica de acorde3n mantuvieron lazos con marimberos famosos del llamado n3cleo costeño; estos lazos se evidenciaban en la inveterada tradici3n de enviar saludos o nombrar a los amigos en las grabaciones del canto de acorde3n, que eran signos de prestigio social o de poder, a cambio de los cuales el emisor recib3 halag3neas sumas de dinero o regalos especiales.



El tráfico de marihuana trajo consigo la insurgencia con formas de violencia hasta ese momento desconocidas en las ciudades de la Costa Norte: la violencia callejera de los matones a sueldo de los capos y marimberos. Barranquilla, Santa Marta, Valledupar, Maicao y Riohacha comienzan a ser escenarios de vendettas, tiroteos y matanzas, mientras en ciertas carreteras, en las afueras de Barraquilla y Santa Marta, aparec3an a diario dos o tres personas muertas [...]. No obstante los anteriores planteamientos, en la Guajira surg3an brotes de violencia interclánica y rencillas entre contrabandistas, ind3genas y guajiros «civilizados»; el porte de armas, la venganza, la justicia por mano propia y

Cuando vino la era de la bonanza marimbera los saludos recobran mayor trascendencia y valor, porque marimbero que se respetara deb3 ser nombrado en disco vallenato, ah3 est3n los tristemente c3lebres «Gavil3n Mayor», Kiko Valdebl3nquez, Encho Pitre, quienes seguramente dieron mucha plata. Un saludo de Poncho Zuleta, de Beto

El fen3meno del narcotr3fico jug3 en cierta medida un papel de mecenazgo en el proceso de difusi3n de la m3sica de acorde3n, zona vallenata.



Zabaleta, de Diomedes Díaz o de Jorge Oñate podía significar una fortuna (una camioneta o una camionada de ganado). Era muy común que después de salir al mercado un disco donde se mencionaba alguno «duro», se viera al intérprete estrenando camioneta «Ranger», los carros de moda de la bonanza marimbera (Ruiz, 2001: 83-84).

El fenómeno del narcotráfico jugó en cierta medida un papel de mecenazgo en el proceso de difusión de la música de acordeón, zona vallenata. Los grandes capos de las drogas de la Costa y del interior del país se daban el gusto de llevar a sus grandes propiedades a los más connotados intérpretes de la música en la década de los setenta:

Un elemento menos fácil de evaluar es la influencia del narcotráfico en la difusión del vallenato: Durante la década del 70 tuvo lugar el auge de la marihuana en las montañas de la Sierra Nevada entre Santa Marta y Valledupar; los emergentes traficantes de drogas costeños patrocinaron músicos vallenatos que los nombraban en sus discos. En los años siguientes, cuando el tráfico de drogas cambió a cocaína y se centró en Medellín, algunos de los grandes traficantes llevarían conjuntos vallenatos, entre otros músicos, para las fiestas de fin de semana en sus grandes fincas. No es claro hasta dónde esto logró cosa distinta a empujar un proceso que ya venía, pero sí es probable que con todo esto el vallenato se hizo a una imagen que iba más allá de lo rural y folclórico (Wade, 2000: 232-233).

Es innegable que el flagelo del contrabando fue un medio que posibilitó no sólo posicionar la música de acordeón en el comercio nacional por encima de otras expresiones musicales, sino que también sirvió para que destacados artistas y

compositores se lucraran de sus presentaciones musicales en fiestas de «capos», ya que estos les ayudaban a proyectarse en el mundo de la farándula.

Campeños y marimba

La falta de presencia del Estado en esta región, evidenciada en escasas oportunidades sociales, era causal para que el campesino y el desempleado buscaran emigrar hacia Venezuela o dedicarse a sembrar marihuana como opción de empleo y subsistencia. Juancho Polo Cervantes, legendario acordeonero y cantautor del Magdalena, grabó una canción en la década de los setenta titulada «Campeño desamparado», de coautoría Araque-Machuca, en la casa disquera Fuentes, la cual evidencia esta problemática.

*Los agricultores tres veces prepararon
las polvorientas llanuras de la Costa (bis)
mientras esperaban la llegada del agua,
pero todo en vano, las lluvias no llegaron (bis)*
Coro: *Y llega entonces la tentación
que los invita sembrar marihuana (bis)*
*(...) ¿Quién le ofrece préstamo a la agricultura?
¿Quién ayuda al campesino en sus problemas?
(bis)*
*¿Quién le presta asistencia tecnológica?
¿Quién le entrega pa' la siembra insecticida? (bis)*



Dentro de igual contexto, el compositor Romualdo Brito creó otra canción, titulada «El marimbero», con su vocalización, en compañía de la agrupación de los hermanos Meriño, la cual justifica de alguna manera el cultivo y el comercio ilegal de la hierba en los sectores populares o marginados, que vieron en ella un modo de emplearse o generar empresa, por falta de oportunidades y la escasa presencia del Estado para generar educación, empleo y condiciones de vida digna. Para el autor de esta pieza musical, la situación era difícil. «Apareció la bonanza

El fenómeno del narcotráfico jugó en cierta medida un papel de mecenazgo en el proceso de difusión de la música de acordeón, zona vallenata.



marimbera y uno se iba pa'l monte a sembrar marihuana y a distribuí marihuana buscando una solución de vida. El Gobierno comenzó a mirar el problema, pero a combatir a los narcotraficantes, pero nunca miraron que detrás de ese narcotraficante hubo de estar un jefe de Estado, un ministro, si se le hubiese dado la oportunidad de estudiar. Los gobernantes no miran la labor social, quieren combatir todo con violencia, con represión, pero no dando oportunidades al ser humano para que sea una persona digna².

*El marimbero
Hoy me llaman marimbero, por cambiar de
situación.
Ovidan que yo primero fui gamín o pordiosero
Sin ninguna educación
Hoy porque tengo dinero
Hoy me persigue el gobierno
Hoy quieren saber quién soy
Mucho trabajo pasé, pá, poderme superar
Ya no recuerdo el ayer, hoy vivo para triunfar.
Y si con eso hago males, a otros que por ser cobardes
No aman la superación, de nada he de
avergonzarme
Pueden con gusto llamarme, marimbero de mi
nación.*

Indocumentados y canto de acordeón



² Entrevista concedida por el compositor Romualdo Brito al autor de este artículo, 2006.



En las décadas de los sesenta y setenta, algunos colombianos, especialmente habitantes del Caribe colombiano, ante la falta de oportunidades laborales en el país vieron en las promisorias tierras venezolanas una opción de trabajo que les permitiera sostener sus familias; la bonanza petrolera y el gran poder adquisitivo del bolívar les atraían. La gran mayoría de los que lograban ingresar a tierras venezolanas lo hacían de manera clandestina por la llamada «trocha», arriesgando hasta la propia vida. Muchos de ellos eran personas iletradas e

indocumentadas que se constituían en mano de obra barata y se empleaban en oficios de albañilería, jornaleros y servicios domésticos, entre tantos. Otros no contaban con la misma suerte: eran capturados en sus intentos de burlar la Guardia Nacional venezolana, luego encarcelados y más tarde deportados. Muchas de estas personas indocumentadas, que eran deportadas al país o que no lograban cruzar la frontera hacia Venezuela, hallaban en la siembra y recolección de la marihuana una opción para ganarse la vida.

En la década del setenta con el auge de los indocumentados en Venezuela, entre la población que buscaba las trochas y los guías para pasar al vecino país y los que eran deportados se generó una masa de población flotante que por su condición de aventureros y desempleados siempre estaba dispuesta a «cualquier cosa». Todo esto originó la denominación de «Sicilia colombiana» a esta región, una zona de contrastes: una población nativa en la pobreza extrema, e inmigrantes árabes, sirios, turcos, libaneses y cachacos, junto con núcleos de familias guajiras tradicionales, ricas y opulentas gracias al contrabando (Betancur y García: 53).

Estos acontecimientos no fueron indiferentes a la sensibilidad social de varios compositores, que definieron en versos y melodías toda esta serie de dificultades sociales y económicas de sus coterráneos. El cantautor de origen campesino Juan Polo Cervantes creó, para la década de los años setenta, una canción titulada «Problemas de fronteras», pensada en Discos Fuentes, en la que describe la problemática social que les tocaba padecer a muchos colombianos que ante la crisis económica cruzaban las tortuosas trochas colombo-venezolanas, en búsqueda del sueño dorado para ganarse unos cuantos «bolívares» que les permitieran mejorar sus condiciones de vida. La suerte no siempre les sonreía a estos



colombianos: al ser capturados por la Guardia Nacional venezolana eran sometidos a todo tipo de vejámenes.

*A mí me estuvieron contando
lo que pasa en Venezuela, (bis)
que a los pobres colombianos
lo' están echando pa' afuera.
Si acaso fueres viajando
siempre pregunta en Maicao, (bis)
que a los pobres colombianos
los jarrean como gana'o. (bis)
Pero eso a mí sí me duele,
lo que pasa en Venezuela, (bis)
que a los hombres y mujeres
lo' echan pa' la frontera.*

En 1977, el compositor guajiro Máximo Móvil Mendoza compuso una canción titulada «Penas de mi tierra», que fue grabada por el conjunto musical de Jorge Oñate y Nicolás «Colacho» Mendoza en 1978, en el sello discográfico CBS. En ella, este compositor de origen indígena narra la forma como se produce el éxodo de mujeres colombianas, y las dificultades

sociales que le toca afrontar a gente humilde de su región que intenta buscar mejores horizontes de vida en el extranjero, especialmente Venezuela.



*Me despedí de una joven por allá (...)
lloraba porque iba a tierras extranjeras,
sabía que a su hijo menor allí dejaba,
tal vez por su situación que la obligaba
de ir a buscar el salario en otras tierras.
Sabía que tenía que cruzar la frontera
para poder conseguir lo que buscaba. (bis)
Pueda ser que ahora en los tiempos venideros
se acuerden de tantas cosas olvidadas,
entre ellas esas mujeres extraviadas
que van a buscar el salario al extranjero,
que emigran lo mismo que emigra la fauna
cuando no hay pasto, ni agua en su comedero. (bis)*

Como se ha podido constatar, los versos, testimonios y eventos en torno a la música de acordeón son fuentes históricas válidas para el estudio del proceso de fronterización y contrabando en la Guajira entre las décadas 1960-1980. Si bien es cierto que en la frontera guajira el fenómeno del contrabando y el tráfico ilegal de cannabis no se expresa de manera abierta y campante con la resonancia acordeonera del pasado, efecto de las presiones de la autoridades, hoy todavía constituye un fenómeno de evidentes e invisibles repercusiones en su entorno socio-cultural, que se diversifica y crece bajo el influjo, entre otros, de movimientos armados que han aparecido en su árido suelo.

Sin duda, existe una gran diversidad de estudios sobre el fenómeno de frontera y contrabando en el Caribe colombiano enmarcado desde la Colonia y la Conquista, los cuales están fundados desde archivos oficiales. Lo mismo no puede afirmarse frente a los estudios abordados desde la musicología y las fuentes orales. Existe un gran vacío en la región frente a las investigaciones históricas desde la música de acordeón. La existente se halla fragmentada y dispersa, algunas compiladas en publicaciones de carácter sociológico, folclórico y literario o biográfico.



En 1977, el compositor guajiro Máximo Móvil Mendoza compuso una canción titulada «Penas de mi tierra», que fue grabada por el conjunto musical de Jorge Oñate y Nicolás «Colacho» Mendoza en 1978,



Toda huella o rastro humano se constituye en fuente para la investigación histórica; de allí que sea necesario adelantar estudios que permitan revalidar testimonios orales y fuentes discográficas que posibiliten asomar nuevos actores (populares y anónimos) para que de alguna forma se pueda saldar la deuda con la historia que está por develar.

Este estudio se inscribe de alguna forma en la línea de investigaciones desde las simbologías y discursos ideológicos de actores populares (músicos) frente a ciertas problemáticas sociales generadas por la falta de presencia del Estado en este contexto geográfico. Tiene la intención de que las

huellas y voces de estos sectores ignorados por la historia institucional sean escuchadas y que permita nuevas lecturas y estudios para la construcción de una historia total de la sociedad.

La aparición de estas investigaciones musicales en el Caribe colombiano podría contribuir a ir superando el ancestral prejuicio de hacer historia exclusivamente desde el caudillismo, las élites y los archivos oficiales. Así mismo posibilitaría resignificar la música, el folclor, el arte y la oralidad como fuentes legítimas para reconstruir las acciones humanas y el aporte social de los sectores populares en la historia.

Bibliografía

- ARAUJO NOGUERA, Consuelo (2002): *Trilogía Vallenata*. Bogotá: Mincultura-Fundación Festival de la Leyenda Vallenata.
- BETANCURT, Fabio y García, Martha (1994): *Contrabandistas, marimberos y mafiosos*. Bogotá: TM Editores.
- CASTILLO, Fabio (1987): *Los jinetes de la cocaína*. Bogotá: Documentos Periodísticos.
- DE LA PEDRAJA, René (1988): *La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón en el Caribe colombiano*. Barranquilla: Ed. Uninorte,
- GARCÍA, Clara Inés [comp.] (2001): *Frontera, territorio y metáfora*. Bogotá: Hombres Nuevos.
- MÚNERA, Alfonso (1994): «Illegalidad y frontera 1770-1800». En: *Historia económica y social del Caribe*. Barranquilla: Ed. Uninorte-Ecoe.
- MÚNERA, Alfonso (2005): *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta.
- POLO Acuña, José (2005): «Contrabando y pacificación indígena en la frontera colombo-venezolana de la Guajira 1750 -1820». En: *América Latina en la Historia Económica* N.º 24 87-125, p. 94.
- QUIROZ, Ciro (1983): *Vallenato, hombre y canto*. Bogotá: Ed. Ícaro.
- RUÍZ, Jorge Naín (2001): *Intimidades del vallenato actual*. Bogotá: Ed. Gráficas.
- SERGE, Margarita (2004): «El revés de la nación» *territorios salvajes, fronteras y tierra de nadie*. Bogotá: Ed. Uniandes-Ceso.
- WADE, Meter (2000): *Música, raza y nación*. Bogotá: Vicepresidencia de la Republica.